

Invocaciones. Dionisos, Moisés, San Pablo y Freud

POR: EDUARDO ARISTIZÁBAL*

Alain Didier-Weill. *Invocaciones. Dionisos, Moisés, San Pablo y Freud*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999. 270 páginas.

La noción de pulsión invocante le sirve al autor como tesis central para dar cuenta de un cambio de registro en el paso dado por Lacan en su concepción del inconsciente freudiano. En Freud, el inconsciente estructurado como un lenguaje trasciende la frontera de la sexualidad organizada en torno a un objeto sexual parcial. Según Didier-Weill, al pezón, el excremento y la mirada se opone el objeto voz, que no es un objeto parcial tendiente a fragmentar el cuerpo, sino un objeto subjetivante que alude a ese

tiempo mítico de aparición de la vocación humana por la cual la voz materna, por el hecho mismo de hablar a ese recién llegado que es el *infans*, hace que se produzca un injerto originario de significante en un real que hasta ahí estaba a la espera de su humanización... (y cuya) consistencia no le es concedida por un objeto sexual..., (dado que), en ese tiempo originario, el objeto sexual aún no existe. (Este) aparecerá ulteriormente, cuando, con la represión originaria, se adquiera la significación sexual¹.

Alain Didier-Weill advierte que “En ese punto de precedencia de la represión originaria, heredamos una concepción genética con Freud o una concepción estruc-

turalista que lleva a Lacan a plantear que lo inconsciente está estructurado como un lenguaje, en la medida en que la causa material del sujeto de lo inconsciente no es el objeto sexual sino el significante o la letra”². En el primer capítulo, se entiende entonces que Didier-Weill ponga en relación la pulsión invocante con la música y la danza. Con la música, por cuanto la voz comprende invocación musical por un lado, e invocación significativa por el otro, separando así esta pulsión de los derroteros que sufre la palabra por efectos de la represión sexual a la que está ligada. Con la danza, por cuanto “la danza que anima a la danzante no remite a la ausencia instaurada por la castración” sino a “un tiempo originario en que la pulsión expresa una relación con una ausencia que es otra que la del falo, en la medida que precede al descubrimiento del trauma sexual”³.

Con la pulsión invocante vincula, además, la posibilidad de invocar un más allá de la ley contenida en la palabra misma, esto a través del análisis de la naturaleza específica de la tragedia griega, y el cambio histórico fundamental operado por el paso de lo dionisiaco a lo apolíneo en el que funda su aparición y emergencia, así como la causa de cierta ceguera de Freud respecto a esta por no haber podido reconocerla:

En la medida en que señalamos en la música el soporte originario de la pulsión invocante, nos fue preciso invocar esta cuestión: ¿cómo es posible que Freud, que se dejó enseñar

* e-mail: edar7554@yahoo.com

1. Alain Didier-Weill, *Invocaciones. Dionisos, Moisés, San Pablo y Freud* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1999), 117.

2. *Ibíd.*

3. *Ibíd.*, 47.

a tal punto por Sófocles, no tuvo el impulso de cuestionar la razón por la cual la tragedia había sido dada a los hombres por el más extraño de los dioses griegos, Dionisios, Dios de la música y la danza?⁴.

En el segundo capítulo, la relación que establece con la palabra le va a permitir introducir la cuestión del Nombre del Padre y los dos modos de transmisibilidad de la ley, el modo metafórico, cercano a la musicalidad vivificante que viene con la palabra, o el modo superyoico que arrastra culpa y remordimiento cuando esta musicalidad queda olvidada o reprimida, enlazando estas modalidades de recepción de la palabra a un análisis de la postura de Freud frente a “la doctrina del pecado original fundamentalmente rechazada por el judaísmo”⁵. Esta última afirmación, que en el texto está hecha a modo de pregunta, lleva al autor a realizar, mediante un desvío magistral, un excelente análisis de las raíces antisemitas presentes en el pensamiento cristiano, y mostrar a la par el modo como entronca la noción de deuda simbólica, culpa, remordimiento y transmisión metafórica según prevalezca la concepción freudiana o lacaniana de la paternidad. Asunto este que separa a estos dos autores y cuya base está en esa concepción nueva del inconsciente estructurado como un lenguaje que permite adicionar la pulsión invocante a las otras tres de Freud: la oral, la anal y la escópica. En el tercer capítulo, la relación entre la pulsión invocante y el malestar en la cultura le permite al autor cuestionar la concepción freudiana del fin de análisis, diferenciando abstinencia sexual y abstinencia de significancia. Con tal procedimiento el autor da cuenta de la razón de las limitaciones de la teoría freudiana y de las posibilidades que la introducción de la pulsión invocante abre a la interpretación de ciertos fenómenos históricos. El cuarto y último capítulo “la voz materna” lleva a Alain Didier-Weill a preguntar lo siguiente: “La problemática de la encarnación sexual de la madre, ¿permitió o impidió la pulsión invocante

4. *Ibíd.*, 128.

5. *Ibíd.*, 76.

en el niño?”, y seguidamente y de forma muy curiosa este otro interrogante: “¿No vemos posiblemente surgir esta pulsión al fin del análisis, cuando la transferencia, tras dejar de estar orientada por un sujeto supuesto saber, cambia de ruta para poner rumbo hacia ese significante cero que, desde lo real del que fue expulsado una vez que el sujeto, al hacerse hablante, pagó (represión originaria) su tributo a la muerte, *imanta* esa palabra?”⁶. Como una promesa, concluirá:

Lo asombroso es que el sujeto pueda a la vez saber que ese significante es inaccesible y que puede dejar de serlo cuando la sobreabundancia de sentido del que es portador se libere de su retiro por el encuentro con un sonido inaudito. En este aspecto, la nota azul es la metáfora de ese sonido ausente que tiene el poder de inducir la invocación de un punto cargado de una esperanza despojada de todo contenido pero no de fundamento: si por la nota azul el hombre comprende que no sabe en qué consiste esa esperanza, sabe en cambio, que no es vano esperarla, pues puede sonar realmente para hacer resonar lo inesperado; al tener el poder de sustraerlo a la acción del determinismo histórico, crea las condiciones de una transferencia a esa pizca de eternidad que permite al hombre comprender de dónde recibe su verdadero hálito el ritmo del tiempo⁷.

Al final, el texto cierra con la siguiente pregunta: “¿No es la transferencia a ese hálito la que puede transmitir nuestra voz cuando deja oír su nota azul, que puede transfigurar la faz del recién nacido en rostro *empujado* a responder a la invocación escuchada mediante una sonrisa originaria?”. Esta última afirmación hecha pregunta, ¿es razón suficiente o retorno del fantasma en Alain Didier-Weill? ¿Alcanza el vínculo de la nota azul con la pulsión invocante para ver resurgir la promesa del vivir y no tener que soportar la vida como una carga al final de la existencia, como fuera el caso en Freud?

6. *Ibíd.*, 139-40.

7. *Ibíd.*